

«La mirada del narrador no se cansa»

ANTONIO PEREIRA (Villafranca del Bierzo, 1923) no sólo tiene lectores fieles sino críticos que opinan que es uno de los mejores cuentistas de la literatura actual escrita en castellano. Es además un escritor que sabe contar historias ante un auditorio que se le rinde a los pocos minutos, es decir, que su relación con los cuentos entronca con la mejor tradición de la narración oral. No es raro tratándose de un escritor de El Bierzo, una comarca que suena a magia y fantasía. Es además un joven veterano escritor que sabe echarle a la vida y a la literatura unas buenas dosis de humor e ironía. Es premio 'Leopoldo Alas', 'Torrente Ballester' 'Fastenrath' y 'Castilla y León', entre otros. 'Los cuentos de la Cábila' (Edilesa), una especie de memorias inventadas en clave de narraciones cortas, es su último libro. Ahora dice que se ha tomado un descanso, que interrumpirá hoy para estar en la Feria del Libro de Valladolid.

-A estas alturas ¿le queda algo por contar?

-Del pasado creo que no mucho. Pero un contador de historias tiene que estar preparado para contar el presente e incluso el futuro. Hay que tener en cuenta que la palabra vaticinio viene de vate. Hay que estar preparados para vaticinar el futuro.

-Después de una relación de tantos años ¿qué le ha enseñado el cuento?

-Que los cuentos hay que escribirlos, pero que es muy difícil hablar de ellos. Que son un pez escurridizo que se resiste a las definiciones. Que sólo se define cuando de repente escribes un buen cuento. O al menos te lo parece.

-Del tópico que habla del cuento como un género de segunda clase ¿le resarce ese otro tópico según el cual el cuento tiene lectores un poco especiales?

-Es verdad que la pereza mental hace que se digan cosas sin pensar mucho en lo que se dice. Y una de esas cosas es lo de que se hace menos caso a los cuentos que a los novelones. Pero es verdad que el cuento tiene un público entusiasta. Yo he visto crecer a mi clientela que antes era de unas docenas y ahora son unos pocos más, tampoco muchos, casi les conozco a todos de vista y me los voy encontrando por España. Son gente fiel que te sigue, que te lee y te relee, que te comenta y te discute. Son cómplices en fin.

-Quizá se parezcan en algo a los lectores de poesía, un género en cierta forma pariente del cuento.

-No sé. Yo creo que son gente a la que le gusta el reto de tener que descifrar lo que el narrador no le cuenta, sólo le sugiere. Que le gusta que le tiendan pequeñas trampas o que le hagan guiños en un breve espacio narrativo y en un terreno muy resbaladizo.

Intensidad

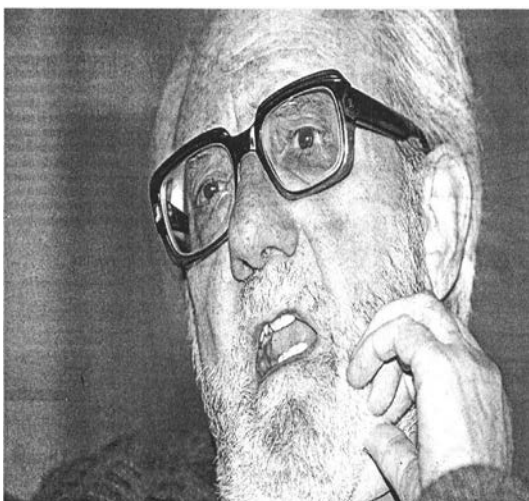
-¿Se atrevería a dar una receta para un buen cuento, algo así como los ingredientes imprescindibles?

-Sí. Creo que hay que tener una buena historia. Eso por supuesto. Pero después hay que saber contarla con intensidad y con trascendencia, que vaya más allá de lo que dicen las palabras. Es decir, ha de ser breve, intenso y trascendente, porque de lo contrario se puede quedar en mera anécdota.

¿Recuerda el mejor cuento que le han contado?

-Probablemente me han contado muchos cuentos buenos y se han escrito muchos buenos cuentos que he leído con placer, pero hay una cosa que me ocurre muy frecuentemente estando con lectores o incluso con narradores. De repente alguien te

cuenta algo que es un argumento estupendo, que te dicen, «mira Pereira ahí tienes un buen cuento», pero a mí no me sirve absolutamente para nada. Puede que sea una historia interesantísima, pero que a mí no me produce esa vibración especial que me pone en movimiento para escribir.



-Es una cuestión de mirada, Por cierto, ¿la suya ha cambiado con el tiempo?

-Los ojos que llevamos al oftalmólogo suelen dar en vista cansada; pero la mirada interna, la del contador de historias, se afina con el tiempo, no se cansa.

-¿De dónde le viene la facilidad para decir sus cuentos en alto?

-De los aires galaicos y de los aires de León y de Castilla. Porque El Bierzo, que es de donde soy, es una zona fronteriza, de mestizaje cultural y estos lugares suelen ser muy receptivos, con gran tendencia a la oralidad. Yo soy muy hablador. «Me gusta contar» (así se llama la selección personal que hice de mis cuentos). Y creo, con Gómez de la Serna, que las ocho de la tarde es esa hora bruja que Dios nos da para contar historias. Como dicen en Hispanoamérica, para «conversar una botella». Creo que conversar una jarra de vino es contarse historias.

Texto: Angélica Tanarro

Fotografía: Ramón Gómez